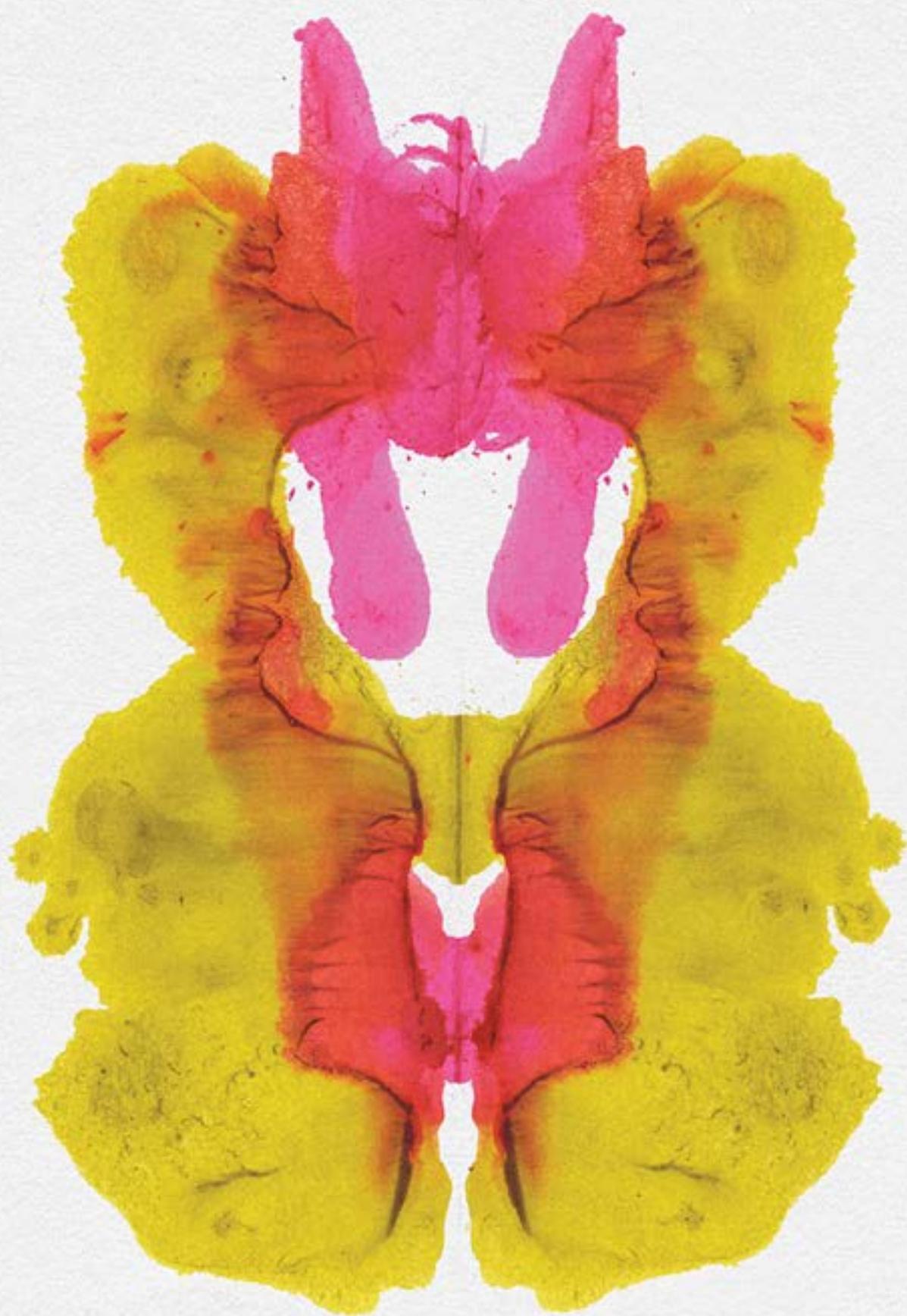


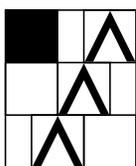
PSYCHOBOK



PSYCHOBOK

Editado por Julian Rothenstein

Con comentarios de Mel Gooding



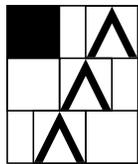
la marca
editora

PSYCHOBOK

Julian Rothenstein

Buenos Aires, colección Registro Gráfico.

© la marca editora, 2018



la marca
editora

www.lamarcaeditora.com

lme@lamarcaeditora.com

(54 11) 4372-4957

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

Título original: *Psychobook*

Compilación y edición: Redstone Press

Comentarios: Mel Gooding

Diseño: Julian Rothenstein

Traducción: Laura Estefanía

Corrección: Leila Gamba

Coordinación: Guido Indij

Diseño de tapa: Brenda Wainer

Imagen de tapa: Fotomontaje con retratos de Sigmund Freud y Kurt Weill por Louise Dahl-Wolfe, c.1934.

Compilación © 2017 Redstone Press

Introducción © Lionel Shriver 2016

Comentarios © Mel Gooding 2016

Ensayo © Oisín Wall 2016

Primera edición, la marca editora, 2018.

Primera edición en Gran Bretaña en 2016

bajo el sello editorial de Redstone Press.

www.theredstoneshop.com

ISBN 978-950-889-312-3

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Libro de edición argentina.

Impreso en China. *Printed in China.*

Créditos fotográficos:

Corbis: 72, 137 / British Psychological Society, History of Psychology Centre:

14, 34, 35, 41, 49, 50, 112 / Science and Society Picture Library: 22, 26, 36, 43 / Redstone Press collection: 4, 20, 33, 40, 42, 44-48, 54-55, 66-70, 75-77,

99 / Getty Images: 134 / © The Estate of Sigmar Polke, Cologne, DACS

2015: 179 / Collection Stedelijk Museum Amsterdam: 171 / cortesía de

The Kinsey Institute: 118 / cortesía de The Freud Museum: 19 / cortesía

de Studio Frith: 96-97 / Ilustraciones © Adam Dant: 100, 102-105, 108-111,

154-160 / Fotografías © Sebastian Zimmerman: 126, 132 / Fotografías ©

Nick Cunard 122, 142 / Fotografías © Sarah Ainslie 79-88.

Rothenstein, Julian

Psychobook / Julian Rothenstein. - 1a ed. - Buenos Aires : la marca editora, 2018.

192 p. ; 29 x 21 cm. - (Registro gráfico / Guido Indij)

Traducción de: Laura Estefanía.

ISBN 978-950-889-312-3

I. Test Psicológicos. I. Estefanía, Laura, trad. II. Título.

CDD 153.94

Distribuye

ASUNTOIMPRESO

www.asuntoimpreso.com

www@asuntoimpreso.com

(54 11) 4552-3834

Roseti 782 (1427)

Buenos Aires, Argentina.

Impreso en los talleres gráficos Asia Pacific Offset LTD, en el mes de junio de 2018.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. *No part of this book may be reproduced, transmitted or utilized in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or any information storage and retrieval system without prior express written permission from copyright holder.*



ÍNDICE

Introducción Lionel Shriver 11

Intrusos en la mente Oisín Wall 15

Tests psicológicos clásicos 21

Tests del mosaico de Lowenfeld 24

Inventario Multifacético de Personalidad de Minnesota 26

El test de Szondi 30

El test de la imaginación a partir de los olores 32

El test de las caras 33

El test de arte de McAdory 34

Kit con equipo para tests psicológicos y de inteligencia para niños 37

Test de fabricación de una historia con imágenes 38

Test de completar el cuadro 41

Tests de inteligencia y de velocidad de percepción 43

Manchas de tinta 51

Tests de apercepción temática 71

Haga un test de personalidad: compruebe su estado de ánimo 89

Las escalas de convivencia 90

Inventario de la personalidad 96

Árbol de la personalidad 97

El test del relato 98

Estados de ánimo 99

El test de los sentimientos 100

Test de las frustraciones de la vida moderna 106

El inventario de actitudes de Wilson-Patterson 112

Los escritores imaginan cuestionarios 113

Charles Boyle: El cuestionario de identidad CB 115

Robert McCrum: Seis tipos de lectura para una vida mejor 116

Kate Pullinger: Test de la culpa cotidiana 119

Neil Bartlett: Cuestionario sobre sexo 120

M. H. Yorke: El test de la "materia fuera de lugar" 124

Will Eaves: Una historia probable 128

Charles Boyle: El cuestionario de la timidez 130

Paul Thek: Preguntas de "Notas para enseñar" 135

Patricia Duncker: ¿Cuán enojado está? 136

Derek Linzey: Encuesta sobre la concientización del sueño 139

Derek Linzey: Tasa de Dependencia Digital 140

Derek Linzey: Chequeo de la salud del ego 141

Otros tests 143

Test de asociación de palabras 144

Test de las frases incompletas 146

¿Cuál sería el título de su autobiografía? 148

El test de los colores 149

¿Qué instrumento musical sería usted? 152

Tests de relaciones 153

El test de las relaciones familiares 154

El test de las relaciones 156

Tests de completar el dibujo 161

El test de la casa, el árbol y la persona 162

Test de completar el dibujo 1 164

Test de completar el dibujo 2 166

Test de completar el dibujo 3 168

El test de la imagen abstracta 169

Comentarios y respuestas 181

INTRODUCCIÓN

Lionel Shriver

De niña, siempre me irritaron esos compañeros cuya mayor ambición era “encajar”, fundirse anónimamente con sus pares en un empapelado humano. Yo quería sobresalir. Debo reconocer que cumplí la mayoría de edad en los 60, una era que celebraba la rareza. Aun así, incluso en esa época de individualismo transgresor, la mayoría de mis contemporáneos preferían mantener la cabeza baja. Muy por el contrario, yo declaraba orgullosamente que mi color preferido era el negro (me aburría que me dijeran “el negro no es un color”) y que prefería los cielos nublados a los días soleados (mi padre temía que tuviera algún problema en los ojos). A los quince, llevaba todos los días una boina de terciopelo negro a la escuela. Tenía tanto miedo de perder ese símbolo pasado de moda que me lo aseguraba con un cordón por detrás de mi oreja izquierda y con un alfiler a mi solapa. Más de cuatro décadas antes de que el resto del mundo lo hiciera, iba en bicicleta a todos lados y me negué a aprender a manejar cuando debí hacerlo. Colgaba tiras de mostacillas del techo de mi habitación con una cinta que no servía de mucho y las mostacillas se caían sobre la cama. Recorría mi colegio de Atlanta con una banda llena de pines políticos, que seguramente hacía reír a muchos a mis espaldas. Estaba un poco chiflada, y quería estarlo.

Por eso es que soy hostil a los tests psicológicos, en la medida en que están diseñados para arrancar a los raros de entre la gente común. En mi vida, el concepto mismo de lo normal ha funcionado como un fondo neutral sobre el que proyectarme en relieve. A lo largo de mi vida, he visto que el afán por meter a todos en categorías y por proveer un diagnóstico para cada variación de la media no ha hecho sino crecer. Vivimos en una época en la que, si no tenemos un diagnóstico, no sabemos quiénes somos y la gente blande sus cuadros psiquiátricos como si fueran trofeos de fútbol. Con un amplio abanico de nuevas clasificaciones a disposición, ahora es fácil etiquetarme: me gusta llamar la atención. Así de sencillo. He buscado atención y la he obtenido muchas veces, aunque no siempre de la buena.

Es cierto que como adulta he repudiado la idea, popular en los 60, de que los locos tienen la razón y de que los cuerdos están locos. Hay algo que se llama locura y no es linda. Las enfermedades mentales graves rara vez confieren acceso a una verdad superior. También es cierto que las enfermedades mentales graves no son sutiles y los terapeutas, frente a un esquizofrénico delirante, no necesitan recurrir a un cuestionario.

Como novelista, también, me resisto instintivamente a la cuantificación del carácter, a la reducción de un concepto tan elusivo como ese a un conjunto de medidas, a un puntaje. Teóricamente, supongo, los escritores de ficción podrían construir personajes eligiendo puntos en una escala numérica: de 1 a 10, nuestro héroe se saca un 2 en “cobardía”, un 9 en “apertura a experiencias nuevas”, un 1 en “aversión al riesgo”, un 8 en “fuerza del ego”. Pero, ¿qué pasaría si quisiéramos configurar a los protagonistas de nuestra historia de esta manera? ¿Podríamos llegar a un Pierre como el de *La guerra y la paz*? En otras palabras, incluso si no es engañoso, el resultado de muchos tests psiquiátricos es crudamente descriptivo y dice poco que no supiéramos antes.

Sin embargo, los tests psicológicos reunidos en este libro son convincentes, aunque solo sea, especialmente en las primeras experiencias, las más históricas, convincentemente estúpidos. Algunas de las afirmaciones son cómicas: “No me gusta ver hombres en pijama”. Ciertas preguntas invitan a una especulación existencial nostálgica. Si nos preguntan

“¿Para usted el futuro carece de sentido?”... ¿quién no diría “Sí” en algunos momentos? Lo mismo si nos preguntan “¿Siente que hay una barrera entre usted y las otras personas que le impide comprenderlas bien?”. Pero, ¿no es esa la situación normal entre una persona y cualquier otra? ¿No es una excepción la verdadera intimidad? Y los pocos que no confiesan “No siempre digo la verdad” están mintiendo, aunque sea a ellos mismos.

Los psico-tests también son ciegos al contexto, a circunstancias específicas que el test no tiene en cuenta y que dictan respuestas verdaderas. Un controlador aéreo podría decir “Trabajo bajo una gran presión” sin tener un trastorno de ansiedad. Un nobel podría afirmar “Soy una persona importante” sin ser un narcisista. Una persona muy equilibrada que hace suya la frase “Sería mejor si se descartaran casi todas las leyes” obviamente vive en la Unión Europea. Una mujer que reconoce “Una vez por semana como mínimo siento un calor repentino en todo el cuerpo sin causa aparente”, simplemente tiene cincuenta años. En la actualidad, aquel que tilda el recuadro junto a “¿Están hablando de usted y criticándolo por causas ajenas a usted?” no es implícitamente paranoico, sino que participa en las redes sociales. Del mismo modo, una tilde junto a “Alguien ha intentado meterse en mi automóvil” implica cosas distintas de acuerdo con el barrio donde está estacionado el vehículo. Si yo marcara “De vez en cuando pienso en cosas demasiado malas como para hablar de ellas”, le haría saber al terapeuta que soy novelista y pienso cosas abominables como parte de mi trabajo.

Lo que resulta particularmente estúpido de los tests psicológicos es que los psicólogos piensan que somos estúpidos. Quienes diseñan estas pruebas no creen que los sujetos sean capaces de intuir el propósito del test y qué respuesta les conviene dar. Incluso hace mucho tiempo, mirando las manchas de tinta de Rorschach, los pacientes un poco despiertos se daban cuenta perfectamente de que era muy conveniente ver mariposas y no murciélagos. Si en un test de personalidad que forma parte de una solicitud de trabajo, alguien tildara “Temo estar enloqueciendo”, claramente ha enloquecido. Esa frase nos recuerda las solicitudes de visa que preguntan “¿Es usted un terrorista?” Y cuando los jihadistas se las arreglan para sortear esos brutales interrogatorios las fuerzas de la ley se sienten consternadas.

De una manera circular, incluso los tests más recientes y juguetones de este libro se basan en el autoconocimiento para generar autoconocimiento. Al tomar el test de las relaciones familiares (un conjunto de dibujos entre los que hay que elegir el que mejor represente a nuestra familia), los sujetos que eligen la imagen #4 -tres personas que observan pasivamente como una cuarta carga equipaje pesado- saben muy bien que se sienten oprimidos por familiares sin tener que buscar la respuesta al final del libro (agobiado) pues de otro modo no hubieran elegido esa imagen. Como expatriada que ha puesto al océano Atlántico entre ella y su familia no tuve ningún problema en elegir la imagen #5: tres figuras en primer plano, inclinadas unas hacia otras, mientras una cuarta en el fondo huye corriendo. Pero yo ya sabía que era una fugitiva (“escapando”, de acuerdo con la respuesta) y que por eso marqué la imagen #5. ¿Y qué hemos logrado? (Los dibujos son encantadores, eso sí.)

En otros casos, puede haber una diferencia enorme entre lo que los sujetos dicen que harían en determinada situación hipotética y lo que harían realmente. En el test “Materia fuera de lugar” yo respondí en teoría a “Su pareja adopta el hábito molesto de encender la pava eléctrica cada vez que pasa junto a ella” con c): “Amablemente le explica a su pareja que no tiene grandes ventajas mantener el agua cerca de su punto de hervor de esa manera”. Pero cualquiera (como mi marido) horriblemente al tanto de mi *modus operandi* en el hogar, tan autoritario y autocrático, hubiera elegido d): “Busca imponer una prohibición, cortar este hábito insidioso de raíz. Podría muy bien llevar a otros malos hábitos”.

Aun cuando sabemos las respuestas (alguien que vive en un constante estado de rabia probablemente no necesita un cuestionario para identificar su temperamento irascible) ¿por qué estos tests son tan adictivos? En general, los ejemplos más antiguos del libro son esfuerzos de las autoridades por identificar proclividades aberrantes para sus propios propósitos malvados, mientras los más recientes, los tests más abiertos en los últimos capítulos, invitan a la autoexploración. Los dos tipos son divertidos. Una vez que nos libramos de la preocupación por el resultado, tomar tests es entretenido. Es como un juego. Los tests psicológicos nos dan la oportunidad de mirarnos en el espejo y reconocer nuestros rasgos es validante, independientemente de qué rasgos se traten. Personalmente, estoy mejor dispuesta a buscar evidencia de que soy un caso atípico que pruebas que confirmen que soy como todos los demás,

una inclinación que últimamente, por desgracia, me hace exactamente como todo el mundo: mientras la cultura occidental se hace más conformista políticamente, con respecto al sexo y a la psicología nos hemos hecho menos normativos. Como una alternativa a la masa amorfa, cualquier forma definida que nos devuelvan es bienvenida: *Estoy jodido, ergo existo*. Fue extrañamente gratificante completar el cuestionario de la timidez y confirmar que soy mucho más tímida de lo que supondrían muchos amigos, aunque ya lo sabía.

Psychobook es en parte comedia, en parte historia, en parte libro de autoayuda y un *objet d'art* para la mesa ratona. Es algo sincero, algo irónico, tiene un poco de meditación, un poco de burla, pero su producción es universalmente hermosa, su sensibilidad universalmente graciosa. Sugiero leerlo con un lápiz en la mano.

INTRUSOS EN LA MENTE

UNA BREVE HISTORIA DE LOS TESTS PSICOLÓGICOS

Oisín Wall

Los tests psicológicos siempre han sido una expresión de poder, desde las premisas coloniales de los antropometristas del siglo XIX hasta el poder pastoral del psicólogo actual. Quienes ejecutan los tests acuerdan un rango normal de emociones, comportamientos, inteligencia, etc., y al hacerlo identifican a quienes están fuera de ese rango como anormales o desviados. En el último siglo, la gente ha aprovechado este poder para discriminar, encerrar o hasta esterilizar a sus semejantes.

Los tests psicológicos también han sido una expresión de deseo: desde la Unión Soviética hasta los Estados Unidos han sido celebrados por muchos como un modo de lograr una sociedad más justa. Varias generaciones de psicólogos trabajaron incansablemente para mejorarlos, sortear obstáculos y usarlos para permitirle a la gente superar la marginación social y de clase.

A muchos escritores les gusta afirmar que los tests psicológicos tienen raíces antiguas y que, según lo que quieran demostrar o la audiencia a la que quieran seducir, sus fuentes se remontan a la Biblia o a la China del segundo milenio a.C. Sin embargo, la primera práctica importante que pretendió medir objetivamente y científicamente un rasgo psicológico fue la craneometría. Surgió en el siglo XVIII y afirmaba que midiendo el cráneo era posible determinar el tamaño del cerebro y, por extensión, el grado de inteligencia. A finales del siglo XVIII, derivó hacia la frenología, que sostenía que la forma del cráneo podía usarse para determinar qué “órganos” del cerebro estaban mejor desarrollados. La idea era que estos órganos podían indicar, a su vez, características psicológicas como el lenguaje, el amor paterno, la autoestima y la musicalidad.

En el creciente interés en la frenología, vemos la aparición de una tendencia que ha acompañado a los tests psicológicos a lo largo de su historia. Ya en 1821, Johann Gaspar Spurzheim, un frenólogo reconocido en Gran Bretaña y en Francia, argumentaba que a través de la frenología podían identificarse tendencias hereditarias hacia la criminalidad para luego ser eliminadas. Con el tiempo se fue definiendo un patrón claro en la literatura frenológica. Los hombres blancos de clase media del norte de Europa, con pocas excepciones, tenían las mejores cabezas –mostraban carácter fuerte e inteligencia– mientras que todos los demás, desde las clases trabajadoras europeas hasta los africanos colonizados, tenían cráneos que indicaban falta de moderación, violencia y estupidez. Irlanda resultó una colonia muy problemática en el siglo XIX y los cráneos irlandeses atrajeron especiales críticas. George Combe, un destacado frenólogo británico, declaró, sobre la base de sus estudios frenológicos, que los católicos irlandeses eran “toscos, serviles y nada inteligentes”. Pero les aseguró a sus lectores, sin dudas preocupados por la emancipación católica en curso, que estos mismos rasgos garantizaban que Irlanda nunca tendría recursos para desafiar la superioridad racial de los británicos. Inevitablemente, se dirimieron narrativas políticas a través de la frenología. Esta pseudo-ciencia confirmó el derecho de los ricos a gobernar a los pobres y el derecho de los imperios europeos a gobernar el mundo.

Cuando comenzó a declinar el interés en la frenología, surgieron nuevos tests psicológicos. El primero que recurrió a que el sujeto respondiera a estímulos, en lugar de atizarlo, azuzarlo o medirlo, emergió dentro de la antropometría de fines del siglo XIX. Uno de los defensores más activos de estos tests fue Francis Galton, antropólogo y estadístico que inventó el silbato para perros, estableció el enfoque “verticilo, arco y presilla” para analizar las huellas digitales y acuñó el término “eugenesia”. En 1884, Galton montó un laboratorio antropométrico en la *Health Exhibition* (Exposición de salud) del Museo de South Kensington, precursor del actual Museo de Ciencias de Londres. Si los asistentes pagaban tres chelines, Galton les medía todo lo que se le ocurriera, desde su capacidad respiratoria hasta sus reflejos. Desarrolló un gran interés en los tests psicológicos, pero era plenamente consciente de que no lograban medir la “agudeza de los sentidos”. Para cuando cerró el laboratorio en 1890, había medido a más de nueve mil personas y se habían abierto laboratorios similares en el mundo que habían llevado consigo los tests psicológicos, los silbatos para perros y la eugenesia.

En 1904, Alfred Binet, psicólogo autodidacta, recibió un encargo del ministro de educación pública de Francia: identificar a niños que tuvieran problemas académicos. Binet delineó una serie de tareas que eran evaluadas y calificadas con un puntaje único llamado “edad mental” del alumno. Si estaba por debajo de su edad cronológica recibía educación especial. Mientras el test de Binet evaluaba el desarrollo educativo, William Stern, psicólogo alemán, afirmaba que el mismo test podía utilizarse para medir la inteligencia en sí misma. Llevó la idea de “edad mental” hacia un “coeficiente intelectual” o IQ (según sus siglas del inglés *Intelligence Quotient*). Este IQ era la relación entre la edad mental y la edad cronológica multiplicado por cien.

Durante la Primera Guerra Mundial los tests psicológicos eran vistos con escepticismo en Europa, pero en Estados Unidos era otra cosa. Antes de la guerra, en 1908, Henry H. Goddard había adaptado el trabajo de Binet a Estados Unidos. Introdujo un sistema nuevo de calificación y los términos *moron* (imbécil) y *feeble-minded* (débil mental) para describir grados anormalmente bajos de “edad mental” y IQs. Aunque el ejército se ponía nervioso con los “intrusos en la mente”, como los llamó un general, entre 1918 y 1919 Robert M. Yerkes y los otros psicólogos del ejército americano usaron tests basados en el trabajo de Goddard para evaluar a más de 1,1 millones de hombres.

Igual que los tests frenológicos y antropométricos anteriores, los tests de inteligencia solían demostrar que los hijos de padres blancos ricos eran los más inteligentes. La diferencia era que estos tests de inteligencia tuvieron una influencia directa en la legislación estadounidense y alimentaron una campaña de discriminación no solo legal, sino también social y cultural. En 1912, Goddard había recomendado que los débiles mentales fueran segregados y no se les permitiera tener hijos. Otros fueron más lejos: hacia el final de la Primera Guerra Mundial, quince estados americanos habían aprobado las leyes de esterilización eugénica forzosa y para 1937 el número había crecido a treinta y tres. En pocas palabras, entre 1907 y 1970 fueron esterilizados unos seis mil “defectuosos mentales”. En los años 20 y 30, se aprobaron leyes similares del otro lado del Atlántico, desde Dinamarca hasta Suiza y por supuesto en Alemania en 1933.

El movimiento eugenésico fue muy alentado por los tests psicológicos del ejército estadounidense en tiempos de guerra. Los tests supuestamente medían la inteligencia innata, pero eran escritos por hombres de clase media que se basaban en significantes culturales que consideraban obvios. Como podría esperarse, a los grupos que no estaban familiarizados con esos significantes, como los inmigrantes, les iba mal en estos tests. En 1912, lo invitaron a Goddard a realizar tests a los inmigrantes recién llegados a la isla de Ellis y concluyó que “los resultados de los tests establecieron que un 83% de los judíos, un 80% de los húngaros, un 79% de los italianos y un 87% de los rusos eran débiles mentales”.¹ Unos pocos años después, un análisis estadounidense de los tests de inteligencia del ejército hizo más explícita la historia que contaban los tests: “En un extremo tenemos la distribución del grupo de la raza nórdica. En el otro extremo tenemos al negro americano”. Pero los tests no solo apuntan a gente de diferentes etnias o razas. La clase obrera aparecía como niños en lo intelectual. Los trabajadores de la industria o del campo constituían la mayoría del 1,1 millón de reclutas evaluados durante la Primera Guerra Mundial y los tests concluyeron que la edad mental promedio de un hombre blanco estadounidense es de trece años. Era todavía más baja para los soldados negros. Mientras esto llevó a algunos a dudar de la precisión de la escala de edad mental, otros, como William McDougall, profesor de psicología en la Universidad de Harvard, preguntó directamente: “¿América es segura para la democracia?”. Este tipo de racismo “científico” no se limitaba a Estados Unidos. Un estudio británico en 1925 arrojó resultados similares. Margaret Moul y Karl Pearson, protegidos de Francis Galton, sostuvieron que más del 57% de los niños inmigrantes judíos polacos y rusos podían ser clasificados como “lentos”, “tontos”, “muy tontos” o “deficientes mentales”. Basados en estos resultados, Pearson y Moul se preguntaban: “¿Qué propósito tendría procurar una legislación para una raza superior de hombres si en cualquier momento esta puede ser inundada por el influjo de inmigrantes de una raza inferior, apresurados por beneficiarse de la civilización más encumbrada de una humanidad mejorada?”.²

Hacia comienzos de los años 20, los tests psicológicos lograron apoyo en Europa. Psicólogos influyentes, como Charles Samuel Myers, que había publicado su primer trabajo sobre “neurosis de guerra” en 1915, impulsaban enérgicamente la

¹ Leon J. Kamin, *The Science and Politics of IQ*, Routledge, (London, 1974). En español: *Ciencia y política del cociente intelectual*, Siglo XXI Editores, 1983

² Karl Pearson y Margaret Moul, “*The Problem of Alien Immigration into Great Britain, illustrated by an Examination of Russian and Polish Jewish Children*”, (“El problema de la inmigración extranjera en Gran Bretaña, ilustrado con un examen de niños judíos rusos y polacos”), *Anales de Eugenesia*, Vol. 1, Número 1, página 16. Blackwell Publishing Ltd. / Colegio Universitario de Londres, 1925

expansión del rol social de los tests psicológicos. A través de instituciones como el Instituto Nacional de Psicología Industrial aconsejaban a las compañías sobre cómo evaluar a empleados potenciales y a las escuelas sobre cómo conceptuar a los alumnos. Escuelas y maestros en todo el mundo abrazaron la idea de usar tests estandarizados para evaluar las habilidades naturales de los estudiantes. Algunos los veían como una oportunidad para nivelar el terreno entre ricos y pobres, mientras otros deseaban que justificaran científicamente las divisiones de clase, nacionales y sociales, y ayudaran a mantenerlas.

Esta nueva ola de entusiasmo, sin embargo, traía consigo algo más que pruebas de IQ. Luego del éxito de la Hoja de Datos Personales de Woodworth (*Woodworth Personal Data Sheet* o PDS), en Estados Unidos durante la guerra, los 20 y los 30 atestiguaron un florecimiento de los tests de personalidad. Se hicieron cada vez más sofisticados en la década del 20. En 1919, el PDS hacía preguntas tales como “¿Alguna vez pensó que había perdido su hombría?” e inocentemente esperaba que los sujetos entendieran la expresión y respondieran con honestidad. Más tarde los tests desarrollaron un enfoque más crítico hacia las preguntas y respuestas de referencias cruzadas. En las décadas que siguieron, salieron al mercado miles de tests de personalidad. Algunos eran largas y tediosas listas de preguntas. Otros, como el test del mosaico de Lowenfeld, permitía que los sujetos crearan imágenes o escenarios a través de los cuales podían expresar emociones e ideas. Otros eran proyectivos: les presentaban imágenes u otros estímulos a los sujetos y los invitaban a “proyectar” su propio significado. Tal vez el más famoso de este tipo es el test de las manchas de tinta de Rorschach, desarrollado en 1921. También en 1921, Carl Jung, el protegido pródigo de Freud, abrió un nuevo debate cuando publicó *Tipos psicológicos*. Allí popularizó la idea de que era posible identificar una función psicológica predominante (sensación, intuición, pensamiento o sentimiento) y, al combinar esta información con un carácter introvertido o extrovertido, podía determinarse de qué “tipo” de persona se trataba. La idea de Jung creó una tendencia y, a lo largo del siglo siguiente, numerosos psicólogos intentaron establecer los tipos básicos de personalidad: algunos identificaron miles. Otros sugirieron que no había más de cinco. Sin embargo, sin consenso sobre un modelo de trabajo, los tests de personalidad no se difundieron culturalmente en la misma medida que otros tests psicológicos. Con todo, hizo grandes progresos en el mundo de la psicología clínica donde a los tests de personalidad, y en particular a los tests proyectivos, se les encontró una utilidad terapéutica y diagnóstica.

La década de 1920 y los comienzos de la de 1930 fueron, tal vez, las más optimistas en la historia de los tests psicológicos. Muchos investigadores prominentes creían que los tests podían usarse para reformar o incluso revolucionar la sociedad. Ellos decían que, si los tests evaluaban la inteligencia de la gente, no su educación, entonces la gente pobre pero inteligente podía avanzar hacia puestos de poder, en el lugar de gente rica pero estúpida. En esa época, la idea era particularmente fuerte en la Unión Soviética, donde algunos psicólogos esperaban que los tests pudieran usarse para crear la cultura proletaria y el “hombre nuevo” que ellos pensaban que iba a surgir en la sociedad posrevolucionaria. En otros países, como los Estados Unidos, los psicólogos argumentaban que el crimen y la violencia podrían reducirse drásticamente si se identificaban y atendían las necesidades de las personas con problemas de aprendizaje o de aquellas personas inteligentes que eran afectadas por su entorno. En Gran Bretaña los tests de inteligencia estaban liderados por pedagogos de izquierda como R. H. Tawney que lo veían como un desafío a la posición privilegiada de la aristocracia y de la burguesía educada en escuelas privadas. Como los soviéticos, muchos británicos de izquierda argumentaban que los tests llevarían a una planificación racional de una sociedad basada en la capacidad de las personas.

Como ya debe haber adivinado, el optimismo hacia los tests psicológicos como grandes niveladores no duró mucho. Al igual que en Occidente, muchos de los tests en la Unión Soviética indicaban que, a la clase trabajadora, el campesinado y las minorías nacionales, no les iba tan bien como a la antigua burguesía urbana y educada. Ante la idea de que incluso los psicólogos comunistas estaban influenciados por sus orígenes y su educación burgueses, en 1936 se prohibieron todos los tests psicológicos de niños en la Unión Soviética. Por razones similares, muchos grupos en Gran Bretaña que habían bregado por su poder igualitario se pusieron en contra de los tests psicológicos a fines de la década de 1930. Aproximadamente para la misma época en Francia, muchas escuelas comenzaron a rechazar los tests de Binet, por su obvia parcialidad o porque se creía que le usurpaban el rol al maestro de clase.

La Segunda Guerra Mundial le dio a los tests psicológicos una nueva oportunidad de brillar. Tras los avances de los tests industriales y vocacionales de entre guerras, los tests fueron puestos a trabajar en la maquinaria de la guerra. Se utilizaban para evaluar y asignar roles específicos a los soldados, marineros y aviadores de acuerdo con sus habilidades, inteligencia y rasgos de personalidad. Se recurría ampliamente a los tests de inteligencia, pero como Alemania le había dado un gusto amargo a la idea de la eugenesia, no se tomaban grandes decisiones discriminatorias basadas en los tests, como había sido el caso tras la guerra anterior.

Finalizada la guerra, se desaceleró el ritmo al que se venían produciendo nuevos tests, aunque creció su popularidad. Aunque la mayoría de las personas, como ya dijimos, se apartaron del costado racista y eugenésico de los tests psicológicos luego del shock que produjo la liberación de los detenidos en los campos de concentración, hubo algunos que nunca acabaron de desprenderse. A fines de los 60, algunos influyentes científicos en Gran Bretaña y Estados Unidos publicaron libros y artículos que apoyaban la idea de que los negros, entre otros, tenían un bajo IQ por herencia genética. En 1972 el nobel William Shockley llegó a proponer un “plan de bonificaciones para la esterilización”. Con este plan, la gente que se presentara voluntariamente a esterilizarse recibiría 1000 dólares por cada punto de IQ que obtuviera por debajo de cien. Shockley no estaba solo en esto. Muchos científicos prominentes, particularmente en América del Norte, han sido y son hoy en día financiados por grupos como *The Pioneer Fund* (El fondo pionero) que promueven ideas acerca de la eugenesia y de la herencia.

Los tests psicológicos fueron víctimas de ataques ya desde 1930 y se intensificaron en los 60 y 70 cuando empezó a ganar popularidad nuevamente la idea de que las pruebas de IQ eran racistas. La gente atacaba todo, desde la ideología subyacente de los nuevos estudios raciales hasta la confiabilidad de los tests psicológicos en general y hasta sus principios fundacionales. A mediados de los 70, recibieron un golpe particularmente fuerte cuando una serie de artículos y libros comenzaron a dismantelar el legado de Cyril Burt, un influyente psicólogo y pedagogo británico que recibió el título de caballero por su contribución a la psicología, antiguo presidente de la Sociedad Psicológica Británica y Profesor Galton de Eugenesia en el Colegio Universitario de Londres. Sostenían que Burt, quien había sido uno de los principales defensores de la idea de que la inteligencia era heredada, había malinterpretado datos importantes, falsificado muchos de sus resultados y hasta inventado colaboradores imaginarios. El “caso Burt” arrojó una sombra sobre todo el campo de los tests de inteligencia. Los tests de personalidad también recibieron disparos de varios libros prestigiosos que afirmaban que el comportamiento es moldeado social y ambientalmente y un conjunto de tests conducidos en condiciones controladas no puede predecirlo.

A pesar de estos ataques, los tests psicológicos se habían hecho más habituales que nunca a mediados de los 80. Por esta época surgió el modelo de las *Big Five* (las cinco grandes). Muchos psicólogos estuvieron de acuerdo en que hay cinco dimensiones básicas de personalidad: extroversión, afabilidad o amabilidad, responsabilidad, estabilidad emocional y apertura a la experiencia. Esta idea suministró un modelo de trabajo para los tests de personalidad y en las décadas de 1990 y 2000 estos tests ganaron nuevos niveles de aceptación tanto clínicamente como en evaluaciones vocacionales. Actualmente, los tests psicológicos son algo de todos los días. Los encontramos en la escuela, en la universidad, en las entrevistas laborales y en la clínica. Sin mencionar los innumerables seudotests que aparecen en las revistas, en Internet y en las redes sociales, que reúnen información para agencias de publicidad y otras mientras prometen decirnos a qué celebridad nos parecemos más, qué animal somos o a quién deberíamos votar.

Para la mayoría de nosotros, los tests psicológicos hoy en día no son ni amenazantes ni esperanzadores, sino simplemente otra forma más de comparar y medir de las que abundan en la vida moderna. El poder y el optimismo de los tests psicológicos, sin embargo, yace en la correlación estadística de los resultados, la comparación de cientos de miles de evaluaciones. Sin esta correlación, los tests psicológicos no tienen poder para discriminar entre la norma y la desviación, pero sí nos permiten examinarnos a nosotros mismos y a nuestras ideas sobre los demás.



Sigmund Freud, c.1920. Fotógrafo desconocido.



Garabatos clasificados: gráfico de diagnóstico de *Major Types of Graphomotor Protocols* (Principales tipos de protocolos grafomotores), EE UU, década de 1950.